



PRECIOS DE SUSCRIPCION: Madrid, no mes, 6 rs.; Provincias, trimestre, haciendo la suscripcion directamente, 2,24; por correspondencia, 3,00; ESTRAJERO, 6,00. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO. OFICINAS DEL PERIODICO: Calle de A. principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administracion. Se insertan anuncios y comunicaciones.

NUESTROS GRABADOS.

AVANZADA DEL EJERCITO LIBERAL EN NAVARRA.

Nuestro grabado de hoy representa fielmente el aspecto de las montañas de Navarra que han sido teatro de los últimos combates librados contra las huestes carlistas.

Un grupo de soldados liberales colocado en primer término observa con interés los movimientos del enemigo, cuyos batallones se hallan en las alturas.

El dibujo que hoy publicamos ha sido tomado del natural, y tiene todos el carácter de autenticidad que puede desearse.

DEL TEATRO EN INGLATERRA.

Historia de la literatura contemporánea en Inglaterra, por Olyse Barot. Paris, Charpentier, 1874.

I.

Olyse Barot divide en cuatro grandes épocas la historia de la literatura inglesa. Comprende la primera desde los orígenes hasta la república; de esta hasta la revolución francesa la segunda; y desde 1789 á 1830 la tercera. A partir de 1830 comienza el período de la literatura contemporánea, período no cerrado aun á las investigaciones laboriosas del erudito y que necesita ser contemplado en su diario y constante actividad para ser fielmente interpretado y conocido.

Antes de la república, y formando parte de la primera época, está el siglo de Isabel, que es el siglo de oro de la literatura dramática en Inglaterra. En el nacio el teatro y dentro de él adquirió su portentoso desenvolvimiento. Marlowe, el más ilustre de los predecesores de Shakespeare, Shakespeare mismo, Ben Jonson y aun Dekker, resumen todo el movimiento entonces con incansable actividad iniciado. Marlowe y Shakespeare cultivan el drama y la tragedia, Ben Jonson la comedia de costumbres y la sátira aplicada al teatro, y Dekker la comedia social, que enaya abogando por la rehabilitación de la mujer caída, en su *Honesta concubina* (*Honest Whore*), trescientos años antes que Alejandro Dumas, hijo, acometiese la misma tarea. Antes de estos cuatro preclaros ingenios que es preciso colocar en primera línea, habian realizado ya esfuerzos notables Shuckville, autor de la primera tragedia inglesa que nos es conocida, Greene y Peckle. Con posterioridad á Shakespeare y Ben Jonson secundaron los trabajos del primero llegando hasta á escribirle por algún tiempo en su compañía de sus concuadernos Beaumont y Fletcher.

Al observar tan admirable florecimiento, el historiador y crítico cuyos trabajos nos sirven de guía para esta reseña, no puede ménos de exclamar: «El siglo de Isabel es superior al de Pericles, al de Augusto, al de León X, y al de Luis XIV.» afirmación á todas luces exagerada, pero que revela la importancia de la época á que se aplica, que si no ha contribuido tanto al progreso de la humanidad como el apogeo de la cultura griega ó romana, ni ha tenido la universalidad de trascendencia del renacimiento ni de la consolidación de la monarquía absoluta, bien puede, entre otros, recibir como calificativo aquel verso de Víctor Hugo, que Naquet aplica á la ciudad de Paris:

Muertos los hombres
Ilustres que hemos enterrado,
y como si la decadencia
de Argiera cuando
es más exuberante
y rico el floró cimiento,

la literatura dramática empezó á decaer. Al ordenar en 1642 la clausura de los teatros aquel Parlamento Largo tan infundido por las ideas de rígida moralidad de los puritanos, lo que más se representaba y más voz y favor del público, obtenía eran dramas horribles, donde, sin atender á las exigencias del arte, se tejían las más extrínas fábulas, se presentaban los más horrosos crímenes, y se hacia la pintura fiel de los inestos, asesinatos, violaciones, robos y atropellos que podría acumular la *Gaceta de Triunfos* del país más desmoralizado del mundo.

La restauración de la dinastía destronada acentuó en otro sentido esa tendencia de inmoraldad, y hasta fines del siglo XVII no aparece poeta alguno que se inspire en el recuerdo de las antiguas glorias. Hacia la fecha que citamos, Thomas Otway continúa la obra de Shakespeare, y con tan buenas fortunas, que en las escenas patéticas en, y lo reconoce Walter Scott, superior al cine del Avon. Un loco, recluido en Bedlam durante muchos años, Nathaniel Lee, deja tambien, como trágico, recuerdos impecderos en la historia del arte.

Durante el siglo XVIII la poesía dramática, que carece de espontaneidad y de sencillez, sigue la corriente universal y se predica, como toda la literatura inglesa, en esa esfera de las cuestiones sociales y políticas que Dekker parecia haber previsto ya en el siglo XVI. Pero á fines del XVIII aparece Sheridan, el gran cómico inglés, el autor de la *Escuela de la calumnias* (*The School for scoundals*), que es incontestablemente la mejor comedia de los tiempos modernos. Sheridan está á la altura de Shakespeare. Ambos personifican el teatro de su patria.

Sheridan murió en 1816. Antes y despues de su muerte ha tenido gran número de imitadores; pero estos no han logrado jamas interpretar de una manera gloriosa el pensamiento de su maestro.

Hoy no hay en Inglaterra poetas cómicos, no hay tampoco dr maticos ni trágicos que aspiren á emular 1.ªs impecderosas glorias de Shakespeare ó de Marlowe. El teatro está en una completa é irreparable decadencia. Como viene sucediendo entre nosotros hace algun tiempo, el público ha manifestado su disgusto por esa serie de producciones sin principio ni objeto, redactadas para exhibir un aparato más ó ménos costoso y un personal femenino más ó ménos simpático, y los empresarios han acudido al antiguo repertorio, al repertorio clásico. En el año último en Madrid, en el teatro del Circo, han suplido admirablemente la esterilidad de nuestros

ingenios Rojas, Zorrilla, Lope de Vega, Tirso y Calderon. En 1872 el empresario del Vaudeville Theatre, en Londres, suplió la de los de su patria con la *Escuela de la calumnias*, de Sheridan. Sin interrupcion se estuvo representando esta obra hasta fin de 1873, por espacio de más de cuatrocientas noches. Un éxito tal en una obra escrita hace cien años, es bien digno de notarse.

II.

Y esta decadencia del teatro apenas se comprende, al observar la exuberante riqueza de la literatura inglesa contemporánea, que tan brillantes manifestaciones de su fecundidad y de su fuerza ha dado, sobre todo en la poesía lírica, en la novela y en la historia, géneros que no dejan de tener, bajo uno ú otro aspecto, afinidad y relaciones íntimas con el drama y la comedia. Donde se cuentan poetas como Tennyson, Hood é Isabel Barrett; donde se admiran novelistas como Bulwer, Dickens, Thackeray y Georges Eliot; donde existen historiadores que hacen de este género de producciones un compuesto de poesía y filosofía, como Lord Macaulay y Carlyle, no se acierta á explicar por qué la literatura dramática ha de reducirse á las comedias del humorista Jerrold, á los dramas de Dion Boucicaut, de Isabel Braddon ó de Willis, que, reuniendo algunas cualidades muy estimables y muy dignas de aplauso, no llegarán jamás á colocar á sus autores á una altura señalada allí donde vive eterno el recuerdo de Shakespeare y de Sheridan. El mismo Bulwer Lytton, poeta, novelista, escritor satírico, crítico y diplomático, notable bajo estos distintos aspectos y favorecido por el éxito y la opinión en todos los géneros y profesiones en que ensayó su actividad y sus talentos, no ha dejado como dramático grandes recuerdos ni una verdadera obra maestra que compita con las innumerables de la literatura clásica de su país. En presencia, pues, de una decadencia tan manifiesta del espíritu dramático, hay que inquirir sus causas, y á esto puede decirse que se limita nuestro autor en el capítulo de su obra consagrado al teatro.

Desde luego que no cuenta entre ellas las que el vulgo achaca al fenómeno que se advierte, y que antes que causas son efectos y resultados necesarios de ese fenómeno mismo. Ni se crea que la introducción en la escena de ese género de espectáculos faltos de sentido y de bellera, abundantes en licenciosas chocarrerías y en bufonadas de la peor

especie, ha podido contribuir á la esterilidad de los verdaderos ingenios. Al contrario de ello, porque esa esterilidad era un hecho cierto y trístico, se ha desarrollado, sin duda alguna, la afición en empresarios y espectadores á esta clase de piezas que, ó deslumbran por una música ligera, fácil é agradable, y esto ocurre en el menor número de casos, ó sorprenden por la desenvoltura de que hacen gala sus protagonistas, la riqueza del aparato con que se presentan y la voluptuosidad de las escenas que constituyen la obra.

Tampoco juzgamos nosotros bastante para determinar la decadencia del teatro inglés la que parece más aceptable á M. Olyse Barot. Ciertamente el gusto desarrollado en el público por la novela y por la historia atrae hacia estas dos manifestaciones del arte el mayor número de ingenios y de especialidades; cierto que históricamente no ha coincidido el apogeo del teatro con el de las otras dos ramas literarias; pero cierto tambien que si nosotros aceptáramos la afirmación del escritor inglés establecíamos *a priori*, que podría fácilmente verse desmentido por los hechos. No; la causa eficiente de la decadencia del teatro en la moderna Inglaterra; la causa que de un modo más directo ha influido en ese estado lamentable de la literatura dramática está, á nuestros ojos, íntimamente ligada con las grandes cuestiones que en estos tiempos se suscitaban sobre el ideal del arte, la naturaleza de ese ideal y el punto á donde deba ser buscado para regular las manifestaciones progresivas del arte mismo. Ese ideal á nuestros ojos tambien, está en el conjunto de los grandes problemas políticos y sociales que el siglo XIX viene planteando, problemas de difícil, larga y costosa solución. Ahora bien: este estado, ¿ese ideal ó esos ideales, son por su naturaleza susceptibles de acomodarse al molde de la literatura dramática? ¿Producirán ellos, al desenvolverse, esa espontaneidad y esa sencillez que este mismo género literario requiere?

Hé ahí la cuestion, cuestion que indicamos tan solo por que aun cuando de su desarrollo dependa la explicación del hecho que nos ha ocupado, nos llevaria, si tratáramos de analizarla, á consideraciones ajenas al objeto principal del presente trabajo. Esa cuestion, además, está en estos momentos debatidísima, y preocupa en alto grado á los amantes de la literatura dramática que tienen, como nosotros, el convencimiento de que, en efecto, el nuevo ideal no se presenta hasta ahora de una manera muy propia para ser desarrollado con facilidad en el teatro, ocasionando así, ó contribuyendo poderosamente á su decadencia, á la decadencia que se observa al estudiar esta parte de la literatura inglesa contemporánea.

J. de A. PACHECO.
5 Abril 1874.

EL AZÚCAR.

Uno de los grandes elementos de riqueza de las Antillas españolas y de toda América, cuya producción se pretende restablecer en Europa y en donde gobiernan las condiciones del clima y el suelo lo permitan, bien mereca que dediquemos algunas líneas para indicar por qué medios adquirió la importancia que hoy tiene y el inmenso desarrollo que ha ido adquiriendo, merced á los adelantos de la industria favorecidos é impulsados á la vez por el enorme consumo que en todas partes se hace de aquel producto.

Se cree que el azúcar muy remoto en las Indias orientales, ha en la antigua leyenda que habla de los antepasados de Budha, habitantes del Delta del Ganges, menciona la caña de azúcar, y lo mismo en el gran poema *Ramayana*. El país de Bengala fue llamado en otro tiempo *Gurú Gau-*



Avanzada del ejército liberal en Navarra.

